

LOS PANES REDONDOS.

DEDICATORIA: A mi abuela Mercedes, a mi padre y a todas aquellas personas que vivieron y sufrieron la dura época de la Guerra Civil española.

Eran tiempos de posguerra. Acababa de terminar una de las peores guerras que puede existir: la que enfrenta a hermano contra hermano. La Guerra Civil española había devastado todo el país, causando daños y dolor en un bando y en otro, despertando en la mayoría de las ocasiones la peor parte del ser humano, llevando a la gente al límite y afectando inevitablemente a todos.

Y en toda posguerra aparece el peor enemigo: el hambre. Ese rival insidioso pero poderoso, que ha ido ganando las batallas una a una y día a día, en todos los frentes, en todos los hogares, en todos los estómagos. Se tenía siempre de compañera a la hambruna, a esa invencible enemiga que te nubla la mente mientras te hace soñar con comida y que es capaz de remover tus ideales a la par que tus tripas y hacerte sentir débil poniendo en riesgo tus ganas de seguir sobreviviendo. Es el adversario más difícil de combatir, sobre todo cuando afecta a los que más quieres. A veces se llegaba a pensar más en el hambre que en la propia muerte, vista en ocasiones como una liberación de aquel sufrimiento. Si uno llegaba a superar la eterna sensación de vacío en el estómago, el permanente cansancio, malvivir con la escasa cartilla de racionamiento y ver a sus hijos suplicarles pan todos los días temiendo que alguno se muriera de hambre, sería capaz de superarlo todo en la vida. Eso era peor que haber visto las bombas caer a tu lado destrozándolo todo.

Pero ella ya no podía resistir más aquella situación. En su pueblo se habían quedado hasta sin pan, incluso sin el que procedía del mercado negro y vendían de estraperlo a precios desorbitados y a escondidas por las calles y portales. El que le daban con la cartilla de racionamiento, después de hacer largas horas de cola, eran panecillos muy pequeños de pan negro, insuficientes para alimentar a su familia. Eran cuatro para sentarse a la mesa todos los días: su marido, dos de sus hijos y ella. Hasta hace poco habían sido seis. Pero uno de sus hijos falleció recientemente. No tuvo dinero para comprar los medicamentos que probablemente le hubieran salvado la vida. O quizás estuvo de Dios que Él se lo llevara antes de sufrir todas estas penurias. Lo único que sabía con certeza era que todos los días recordaba a su hijo muerto con dieciocho años y tan alto que tuvieron que romper un trozo de la barandilla del patio de vecinos de su casa para poder bajar el ataúd porque no podía dar la curva de las escaleras de lo largo que era. Desde aquel momento se vistió de negro y se recogió el pelo encanecido de repente en un moño, prometiéndose a sí misma que nunca más abandonaría ni el luto ni el roete porque jamás volvería a ser feliz.

Pero ahora tenía que intentar por todos los medios salvar del hambre a los dos hijos que le quedaban aquí. Al pequeño lo había mandado interno, gracias a la mediación de un familiar religioso, a un colegio de curas de otro pueblo. Allí por lo menos suponía que podrían darle más de comer, aunque lo echaba muchísimo de menos. No tenía claro si había actuado bien pero su tío le aseguró que probablemente pasaría menos necesidades que con ellos. Su marido, enfermo tras la guerra, no podía ayudarla, así que tenía que apañárselas ella sola para buscar el alimento de toda la familia. Las cartillas y

los cupones de racionamiento eran tan escasos que no daban ni siquiera el pan suficiente, ese alimento tan básico con el que los hombres siempre habían sobrevivido desde la más remota antigüedad. Además se habían precintado la gran mayoría de los molinos y escaseaba el trigo (los campesinos escondían el poco que había para que no se lo requisaran), por lo que tampoco podías comprarlo y hacerte tu propio pan casero.

¡Dios mío, como añoraba aquellos bocadillos de pan blanco que les hacía a sus hijos para merendar cuando todo era “normal”, cuando su marido estaba sano, eran dueños de un próspero negocio y las cosas iban bien en casa! Y, lo más importante, cuando todavía no había habido guerra. No había aparecido aún ese monstruo que los había empobrecido y había destrozado todo en unos cortos pero interminables años. Ahora, si lograban algo que echarse a la boca, se tenían que conformar muchas veces con duros mendrugos de pan moreno porque el pan blanco era un verdadero artículo de lujo que no se encontraba por ningún sitio.

Algunas vecinas le habían dicho que en el pueblo de al lado aún seguían vendiendo pan de estraperlo en una de las antiguas panaderías que se mantenía abierta clandestinamente. El viejo panadero hacía el pan en secreto por la noche y lo vendía de día a escondidas para evitar que se lo decomisaran. También sabía que para llegar hasta allí tenía que atravesar un control con guardias y que probablemente no la dejarían pasar. Pero por lo menos tenía que intentarlo. Y ella, que siempre se había considerado una mujer decidida, se atrevió a hacerlo.

Tenía miedo. Era valiente pero aquella mañana sentía mucho temor. Se levantó al alba y, antes de que se hiciera de día, emprendió el camino hacia el pueblo vecino. Después de una larga caminata, llegó a la especie de aduana que dividía las dos zonas (todavía le parecía increíble que los dos pueblos estuvieran separados así, cuando hasta hace poco habían sido hermanos e incluso habían bailado juntos los mozos y mozas de uno y de otro en las fiestas). Y entonces vio que había dos guardias durmiendo. Su sueño era tan profundo que no se percataron siquiera de su presencia. Así que decidió escabullirse entre las vallas de madera e intentar pasar disimuladamente. Tuvo suerte y, aún no sabía muy bien cómo, lo logró. Los vigilantes no se dieron cuenta y ella, menuda y ágil, consiguió colarse por una esquina sin hacer ruido y sin despertarlos.

Al llegar al pueblo vecino ya era de día y se dirigió a la panadería que le habían indicado en la que todavía se vendía, de manera oculta, algo de pan. Aunque ya no tenía ningún cartel diciendo el tipo de establecimiento que era, afortunadamente no había sido destruida por los bombardeos y aún la recordaba a la perfección. Había visitado aquel horno desde pequeña, cuando solía ser un lugar de reunión de los vecinos de ambos pueblos e inclusive de los de los alrededores. Era una panadería humilde, en la que los panes salían directamente del horno al mostrador. Estaba regentada por un matrimonio y sus dos hijos. Gente trabajadora, buenas personas, amables, honestos y siempre generosos con sus clientes. Decían los rumores que a los dos hijos los habían matado en la guerra y que la madre había fallecido poco después, se suponía que de pena por la pérdida de sus queridos vástagos. Ya solo quedaba el panadero, un hombre solitario y prudente que había envejecido

prematuramente y al que las autoridades le habían cerrado el negocio sin motivo aparente.

Pero todo el mundo sabía que él seguía haciendo a escondidas un poco de pan, aunque no tenía nada que ver con el que había hecho antes, en tiempos mejores. Ahora era un horno de pan “ilegal”, con pocos medios y con escasísimas y malas materias primas. A pesar de todo él aún recordaba cuando era un obrador famoso en la zona. Incluso la gente que había emigrado a la ciudad pero que volvía a su pueblo, casi siempre para entierros o visitas navideñas a familiares, se llevaban panes redondos y grandes de vuelta a su hogar, hogazas de miga blanca y esponjosa, de sabor intenso y color maravilloso, cocidas a fuego lento en su horno de leña. Aquellos panes artesanales de masa madre hechos con amor, paciencia, maestría (y sobre todo con el mejor trigo) y que debido a su calidad lo habían hecho famoso en toda la región, eran su mayor orgullo. Pero ahora sólo podía hacer pan negro con harina sin refinar, con salvado, de centeno, maíz, espelta, avena o cebada, cualquier tipo de cereal dependiendo de lo que pudiera lograr en el mercado negro, ya que no había trigo. Era un pan malo, tosco, basto, de sabor fuerte y amargo, de color oscuro, poco esponjoso y muchas veces bastante difícil de digerir y que se endurecía enseguida. Ahora hacía el pan en pequeñas porciones para que la gente humilde del pueblo lo pudiera adquirir por poco dinero. Los panes de gran formato, de medio kilo o de kilo como los que hacía antes, serían impensables. Y, sobre todo, impagables (¡había oído que se habían llegado a pagar en el mercado negro hasta 50 pesetas por Kilo de pan!).

Él no pretendía enriquecerse con la hambruna de los demás. Sólo quería sobrevivir y ayudar un poco, a su manera, en aquella difícil situación que vivían todos. Y solo sabía hacer pan. Lo había hecho desde niño, desde que nació en la parte de arriba de aquella panadería que era también su vivienda porque el horno había pertenecido siempre a su familia. Durante generaciones lo primero que habían aprendido era a amasar a mano y hacer un pan de alta categoría. A él se lo había enseñado su padre, a éste su abuelo, a él su bisabuelo y él también se lo había enseñado a sus pobres hijos. Pero por desgracia, y tras el fallecimiento de sus herederos, cuando él muriera ya no quedaría nadie de su familia que siguiera haciendo aquellos panes tradicionales y sabrosos. Por eso para él era tan importante seguir preparándolos, a pesar de que este hecho conllevara un gran riesgo y de que, con todo el dolor de su ego, reconociera que a veces eran panes incomedibles, demasiado duros y densos. Pero luego se consolaba pensando que, aunque su composición, sabor y aspecto podían ser muy discutibles y manchar su buena reputación, cumplían una misión fundamental, la más importante del mundo: mataban el hambre y saciaban el odio y la rabia de no tener nada más que comer. Lo mínimo a lo que no debería renunciar nunca el hombre es al derecho de tener un trozo de pan que llevarse a la boca. Qué menos que eso. Hasta Cristo lo tuvo en su Última Cena.

En aquellos tiempos de posguerra constituía un verdadero peligro hornear pan a escondidas y cualquiera que lo hiciera corría un gran riesgo por ello. Pero la necesidad de los demás lo motivaba moralmente a seguir, aunque fuera en la clandestinidad. A veces incluso regalaba el poco pan duro que tuviera de días anteriores a los niños que se lo pedían. Odiaba esa maldita guerra que había arruinado a la gran mayoría de la buena gente y aborrecía ver los estragos que

la posguerra estaba ocasionando: el hambre y todas las demás privaciones, los niños desnutridos y sucios pidiendo limosna por las calles, las viudas intentando sacar a sus familias adelante tras perder a sus maridos en el frente, las madres que todavía esperaban a sus hijos desaparecidos. Nadie se merecía sufrir así.

Y entonces una mañana la vio. Llevaba un rato rondando por el local pero todavía no había tocado a ninguna puerta. Parecía que estaba insegura y no se atrevía. Era una mujer menuda, vestida de luto, todavía joven, pero tenía el pelo algo encanecido y recogido en un moño que envejecía sus hermosas facciones. El panadero no la conocía, no era una mujer de su pueblo, aunque su cara le resultaba bastante familiar. Así que no sabía si se podría fiar de ella y abrirle la puerta trasera de la panadería disimuladamente como hacía con las demás para venderles un poco de pan. Solo sus paisanos sabían que él seguía haciéndolo a escondidas y si alguna autoridad se enteraba podía meterse en problemas. Pero observó su cara de buena persona y la vio tan delgada y confundida que, sin dudarle más, le abrió la puerta de la trastienda y le indicó con la mano y en silencio que pasara rápido. La mujer parecía asustada. Lo primero que hizo fue darle el pésame por la muerte de su esposa y sus hijos, gesto que el panadero agradeció e hizo que se le saltaran las lágrimas al recordarlos. Tímidamente le empezó a contar que era del pueblo de al lado y que antes de empezar la guerra había ido con asiduidad a su panadería a comprar aquel maravilloso pan que él hacía y que tenía tan buena reputación en toda la comarca. Ahora en su pueblo no había pan y ella se había atrevido a cruzar el control de la guardia para ver si podía comprarle algo y que su familia

no muriera de hambre. Le contó que estaban pasando muchas calamidades y que en su pueblo se rumoreaba que él era un buen hombre, solidario con la necesidad de los demás, no un usurero que se aprovechaba de la miseria ajena, y que quizás podría venderle un poco a un precio no abusivo.

El panadero se conmovió por la sinceridad de la mujer. Era cierto que en todos los pueblos se pasaba hambre y él se vio en la obligación moral de ayudarla, aunque no fuera de allí y no la conociera de nada. Era una injusticia que el pan, el más básico e imprescindible de los alimentos desde tiempos inmemoriales, se hubiera convertido en un bien tan escaso. Así que aquel hombre le dio pan a la vecina del otro pueblo. Ya no horneaba aquellas grandes hogazas redondas de pan blanco sino que solo hacía pequeños panes negros, de unos 150 o 200 gramos, lo que normalmente le correspondería a una persona en la cartilla de racionamiento, y a los que dibujaba una cruz en la masa antes de meterlos en el horno para que luego fueran más fácilmente divisibles en cuatro raciones. Era irónico. Cada vez que hacía esa cruz en los panes recordaba la cruz que seguramente llevaba en su vida cada persona que se los comería después. La guerra había sido dura para todos y no había nadie al que, de una manera o de otra, no le hubiera afectado. Así que fue generoso y le dio cuatro de aquellos pequeños panes morenos a la mujer. Ella le preguntó que cuánto dinero le debía. El panadero, conmovido por la humildad y la valentía de la señora que se había arriesgado tanto al pasar el control para lograr pan para su familia, le dijo que se los regalaba. La mujer se emocionó y asomaron lágrimas a sus ojos. Le estrechó la mano a aquel hombre y le dijo que agradecía su generosidad y que era feliz porque todavía hubiera gente buena. Aún había esperanza para el mundo, aún se podía creer en la humanidad.

Salió contenta por la puerta trasera de aquel lugar con sus pequeños panes envueltos en papel debajo del brazo. Era ya plenamente de día y, aunque se quiso dar prisa, cuando llegó a la aduana que había entre los dos pueblos los guardias de antes estaban despiertos. Le preguntaron que adónde iba y ella respondió que volvía del pueblo vecino de ver a un familiar enfermo y que ahora se dirigía a su casa. Los guardias no le preguntaron cuándo había llegado al otro pueblo. Sospechaban que tenía que haber cruzado las vallas del control, único camino de acceso viable, mientras ellos dormían, lo que no deberían haber hecho estando de servicio. Así que omitieron deliberadamente esa pregunta. Una mujer pequeña y en apariencia tan débil y frágil no constituía a priori ningún peligro. Pero observaron que llevaba un pequeño bulto envuelto en papel que intentaba ocultar debajo del brazo. El más alto y fuerte, fusil al hombro, se acercó a ella y le quitó bruscamente el paquete. A la pobre mujer no le dio tiempo a retroceder y entonces los pequeños panes cayeron al suelo. Ella palideció y por un momento hubo un interminable silencio. El guardia se agachó y, sonriendo, recogió los panes mientras le decía contento a su compañero: “¡Qué suerte! ¡Ya tenemos el desayuno!”.

A la mujer no se le ocurrió ni tan siquiera rechistar y esperó con miedo a ver cuáles serían las consecuencias de sus actos. Sabía perfectamente que el contrabando (incluso de algo tan necesario como era el pan) estaba prohibido y que la podían multar o detener por ello. Inventó rápidamente mil excusas en su cabeza pero parecía que los guardias estaban demasiado contentos con el hallazgo como para castigarla. Estaba claro que el hambre afectaba a casi todos. Así que asombrosamente la dejaron pasar sin más preguntas ni castigos

mientras devoraban con ansia los panes. A ella se le removió algo en el estómago. No sabía si era el hambre que tenía y que se incrementó viéndolos a ellos deglutir con avaricia aquel pan negro o la tristeza que sintió al comprobar que ya no le podía llevar nada de comer a sus hijos. No obstante podía estar satisfecha por haber salido airosa de aquella conflictiva situación, sin ser reprendida o arrestada y sin ninguna paliza recibida. Solo había perdido los panes. Aunque, desde su punto de vista, era el peor golpe que le podían haber asestado. Otro día más de hambre, sobre todo viéndola reflejada en la cara de sus hijos.

Tras una larga caminata llegó a su pueblo entristecida. Era como haber tocado el cielo con las manos y caer de golpe. Le dolía no llevarles nada a sus hijos, no haber sido lo suficientemente inteligente para esconder mejor los panes, no haber actuado con más valentía y enfrentarse a los guardias, no haberles suplicado por lo menos y también, aunque le avergonzara pensarlo, le remordía no haber sido egoísta para saciar su propio apetito antes de atravesar el control. Ahora los suyos y ella seguían sin tener nada que llevarse a la boca, como antes, pero todavía era peor porque había tenido en sus manos hacía sólo unos instantes el mejor manjar al que cualquier español o española pobre de aquella época podía aspirar: el pan. Con el que todos y todas soñaban cuando los intestinos vacíos parecía que invadían el cerebro y el hambre dominaba tu mente y te hacía perder la razón.

Entonces por el camino se encontró a una vecina suya, una chica joven que estaba embarazada. Su barriga era ya bastante prominente. Le contó que su marido gracias a Dios había vuelto del frente sano y salvo y que ella se había

quedado encinta. Reconocía que quizás no era un buen momento para traer un hijo al mundo pero que ellos estaban muy contentos. Por fin, decía, tenían una buena noticia en vez de una mala, un motivo de felicidad en lugar de tristeza. ¡Bendita juventud que todo lo puede! ¡Bendita ignorancia del que no sabe lo duro que es ver pasar hambre a un hijo!, pensó ella. Pero evidentemente no le dijo nada a la chica embarazada. La felicitó por su estado y le tocó suavemente el vientre abultado, quizás siguiendo la antigua tradición que dice que tocar la barriga de una embarazada trae buena suerte. “Toca, toca”, dijo la chica contenta. “Parece una hogaza de pan”.

En aquellos momentos la cara de la mujer cambió de color. Se despidió apresuradamente de la vecina con los mejores deseos y prosiguió su camino pero sin quitarse un pensamiento de la cabeza. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? ¿Cómo no se le había ocurrido hasta ahora? ¿Cómo no se le había pasado por la mente la idea de hacerse pasar por una falsa embarazada para así poder transportar pan? Quizás fuera una señal del destino que se hubiera encontrado a aquella chica. Era una idea absurda y peligrosa. Hasta entonces no se lo había planteado pero podría llegar a ser factible. Era solo cuestión de arriesgarse e intentarlo. El hambre siempre agudiza el ingenio y refuerza la valentía de cualquiera que la sufre.

Así que volvió a su casa llena de ilusión y con una idea fija: intentar traerse pan del pueblo vecino fingiendo un avanzado estado de gestación. Pero se le presentaban varios problemas al respecto. Primero su pelo encanecido la hacía parecer más mayor, quizás demasiado para estar embarazada, y segundo no sabía cómo simularía una tripa que evidenciara un embarazo y que tenía que llevar antes de pasar por el control para después poder sustituirla por el pan y

que los guardias así, si eran los mismos, no se dieran cuenta del engaño. Además suponía que el panadero ya no hacía panes grandes que pudieran simular una barriga de embarazada, por lo que parecía que tenía varios factores en su contra y que la aventura podía ser complicada. Pero ella era valerosa y resuelta, siempre lo había sido, así que, ¿por qué no atreverse?

Al llegar a su casa buscó en la despensa unos viejos sacos de esparto que recordaba tenía allí. Cogió uno y lo recortó en forma redondeada y con un tamaño mediano. Luego lo llenó de paja que tenía junto al hogar y lo cosió con hilo grueso. El resultado fue una especie de humilde cojín redondo. Probó a metérselo entre las altas bragas y el vestido y la verdad es que se sostuvo bastante bien. Salvo por la molestia de que el esparto le picaba en la piel con el roce y hacía un poco de ruido al moverse estaba bastante creíble y, debajo de la ropa, parecía realmente un vientre abultado. Solucionó el problema del picor y el ruido envolviendo el pequeño almohadón de esparto en un trapo fino. Además buscó un antiguo sombrero que tenía y que ocultaría su pelo encanecido.

Y al día siguiente cogió de nuevo el camino al pueblo vecino. Con el discreto sombrero que tapaba sus canas y su barriguita parecía que había rejuvenecido unos cuantos años. Cuando se acercó al control observó con satisfacción que los guardias que había eran diferentes a los del día anterior, por lo que no la reconocerían y no sospecharían de ella. Le preguntaron, incluso amablemente se podría decir dadas las circunstancias (¡como cambiaba la actitud de un hombre la visión de una mujer embarazada!) que adónde se dirigía. Ella respondió lo más tranquila que pudo que al pueblo de al lado porque tenía un

familiar enfermo que tenía que ayudar a cuidar. Ellos la creyeron, no hicieron más preguntas y le abrieron la valla sin problemas. Todos los hombres eran hijos nacidos de un vientre prominente y la gran mayoría había tenido alguna vez esposa, novia, hermanas o hijas embarazadas. Así que, por respeto a su estado de buena esperanza, fueron condescendientes con ella y le permitieron pasar sin ningún tipo de impedimento.

Cuando llegó a la puerta de la panadería vio como el panadero se asombró al verla pero, no obstante, la dejó entrar por la trastienda. Ella, con lágrimas en los ojos, le contó lo que le había pasado con los guardias el día anterior y como le habían quitado los panes. También le narró el encuentro fortuito con su vecina encinta y que por ello se le había ocurrido la idea de simular un embarazo para poder transportar el pan sin que se lo robaran. Sabía que él ya solo hacía panes pequeños, pero le agradecería que le hiciera uno grande y redondo, una hogaza del tamaño aproximado de una barriga de embarazada, como el cojín que llevaba ahora y que le mostró, para que lo pudiera pasar fingiendo un preñado. El panadero le dijo que en esos momentos no podía encender el horno, que sería demasiado sospechoso, pero que esa noche le prometía hacérselo y que volviera mañana a por él. Ella estuvo de acuerdo. Aquel buen hombre le dio incluso un poco de pan para que se lo comiera por el camino. Aún con remordimiento de conciencia por no poder compartirlo con sus hijos, lo devoró con ansia antes de que se lo quitaran de nuevo. Después atravesó la aduana sin problemas con los guardias y repitió la misma operación al día siguiente.

El panadero, fiel a su promesa, le tenía preparado un hermoso pan negro redondeado. A pesar de su color moreno y de su textura espesa, le recordó

enseguida a aquellas hermosas hogazas de pan blanco que hacía tanto tiempo que no veía. El panadero también le confesó que había llorado al amasarlo porque hacía mucho tiempo que no hacía un pan de esa forma y tamaño y le había recordado tiempos pasados. La mujer se escondió discretamente en un rincón del horno, dejó allí el cojín que se había hecho para simular la barriga y entonces se colocó el pan envuelto en un trapo entre su ropa interior y su vestido negro. Realmente el efecto óptico, una vez terminada la operación, era de una mujer embarazada de unos siete u ocho meses. Nadie tenía por qué sospechar nada. Le preguntó al panadero que cuánto dinero le debía y él, sonriendo por primera vez, le dijo que no se le ocurriría cobrarle a una señora embarazada. Y, generosamente, la emplazó para que viniera la semana siguiente el mismo día con la misma estrategia y él le tendría otra hogaza preparada para que se la llevase. Solo le pidió que lo mantuviera en secreto para no correr riesgos innecesarios. Sabía que ambos podían estar en peligro si los descubrían.

La mujer se despidió agradecida por la bondad de aquel hombre y tomó el camino de vuelta a su pueblo. Cuando se acercaba al control aminoró el paso y se puso una mano en la cintura adoptando la típica postura encorvada de las embarazadas. Ninguno de los guardias que vigilaban el paso sospechó que no pudiera estar realmente encinta. Eran los mismos que la habían visto esa mañana y que la habían dejado pasar, así que no le pusieron ningún problema y le abrieron amistosamente la valla.

Y por fin llegó a su casa. Con su gran pan redondo, una hogaza que a ella le parecía la más hermosa del mundo y que puso en el centro de la mesa como si ese día fuera fiesta y el pan de centeno el mejor manjar existente. A toda su

familia le impresionó gratamente esta succulenta sorpresa y se les hizo la boca agua enseguida, preguntándole que cómo había logrado aquella comida. Pero ella solamente le dio explicaciones a su marido sobre la procedencia del pan para que no sospechara nada malo. Sus hijos estaban demasiado ocupados devorando el apetitoso regalo para preocuparse de nada más. Y por primera vez después de mucho tiempo fueron un poco felices, por lo menos mientras duró aquel pan negro que les supo a todos a gloria bendita.

Durante algunos años, los más difíciles de la posguerra, la mujer siguió yendo todas las semanas al otro pueblo con un cojín que simulaba un embarazo y volviendo con un pan redondo en el vientre que el panadero jamás le cobraba. Los guardias que vigilaban el control iban cambiando periódicamente, nunca solían ser los mismos, así que no sospechaban de ella ni de su evidente estado de gestación. El tiempo fue pasando y todo volvió a una aparente normalidad. Siguió el dolor, persistieron las ausencias, pero fueron cicatrizando algunas heridas y mejoraron un poco las cosas, aunque solo fuera para dar un rayo de esperanza a la gente, una ilusión por la que seguir viviendo. Hubo nuevas cosechas de trigo que paliaron la hambruna, desaparecieron los controles de aduanas y algunos negocios volvieron a tener permiso para abrir sus puertas. Pero ella, aunque ya había hornos abiertos cerca de su casa, seguía semanalmente recorriendo andando el largo camino al pueblo de al lado para ver a su panadero favorito. La única diferencia era que ya no tenía que simular ningún embarazo ni llevar sombrerito para tapar sus canas y que el panadero sí le cobraba, siempre a un precio justo, el pan que se llevaba, aunque con un guiño cómplice le preguntaba: “¿Quieres pan negro o blanco? ¿Redondo o de

barra?”. Y ella sonreía y le respondía: “Quiero un pan moreno redondo, como una barriga de embarazada” (algunas veces los demás clientes, que no sabían nada de la historia, incluso se reían oyendo la similitud). Y él se lo tenía siempre reservado. Ahora resultaba que, después de tanto tiempo comiendo pan negro, ya se habían acostumbrado y era el que más les gustaba a su familia y a ella, además de que el panadero lo había perfeccionado de tal manera que estaba incluso más bueno que el cotizado pan blanco.

Años después, cuando el panadero murió después de una penosa enfermedad durante la que lo cuidaron todos sus vecinos porque siempre había sido un hombre de bien, muchas mujeres de edad mediana y de diferentes pueblos cercanos fueron a su velatorio. Al resto del pueblo les extrañó que tantas mujeres foráneas sintieran tal afecto por él como para venir a su entierro y que, además, todas portaran consigo un humilde y pequeño almohadón redondeado. Hechos de diferentes materiales, colores y texturas, pero todos más o menos del mismo tamaño: como una barriga de embarazada.

Todas, sin ponerse previamente de acuerdo y sin tan siquiera conocerse las unas a las otras, habían llevado uno en su recuerdo. Ellas se miraron a los ojos. Algunas sonrieron y otras lloraron. Tal había sido su discreción para no correr riesgos que cada una había creído siempre que había sido la única falsa embarazada a la que el panadero había regalado pan y nunca se imaginaron que aquel buen hombre hubiera ayudado en la posguerra a paliar el hambre de tantas familias con sus hogazas redondas que simulaban tripas preñadas. Fingir ese estado de “buena esperanza” les había dado a muchas de ellas eso precisamente: esperanza en un futuro mejor aún por venir.

Cuando los hombres que asistían al funeral decidieron coger el ataúd para transportarlo al cementerio, las mujeres no se lo permitieron. Aunque portar los féretros había sido siempre cosa de hombres, todas ellas se colocaron su cojín en el vientre, como si estuvieran de nuevo embarazadas aunque ya fueran mayores, cargaron a hombros con el muerto y se fueron turnando en silencio hasta salvar la larga distancia que las separaba del camposanto y así llevar a su querido benefactor a su última morada. Ningún fallecido en el mundo ha sido portado nunca por tantas mujeres encinta. Era un espectáculo digno de ver, que nunca más se ha repetido y que fue comentado en toda la región durante mucho tiempo. Cuando el sepulturero introdujo el ataúd en la fría tierra, todas aquellas anónimas heroínas, que habían luchado contra el hambre, lanzaron sus pequeños almohadones sobre él en señal de agradecimiento y respeto. Y ella, “la primera embarazada” del panadero, de la que surgió la idea, le colocó también sobre la caja un pan negro redondo, de esos que él había amasado tantas veces. Fue el mayor homenaje que le podía hacer a aquella gran persona que tanto había hecho por los demás. “Gracias por todo y bendito seas. Enséñale a Dios como hacer el mejor pan del mundo y descansa en paz, querido amigo”, le susurró.

Cuando con el paso del tiempo se vendió la casa de aquel viejo panadero, en un rincón de lo que había sido antiguamente el horno de pan, se encontraron abandonados cientos de pequeños cojines redondeados, almohadones hechos de innumerables materiales pero siempre de la misma forma y tamaño. Los nuevos propietarios del obrador no supieron muy bien el motivo por el que estaban allí y se desprendieron rápidamente de ellos. Pero él siempre lo supo y

por eso nunca los tiró: cada uno tenía una historia detrás, cada uno era una tripita falsa que las mujeres habían utilizado para simular un embarazo y pasar por las aduanas y que después habían dejado olvidados en el horno cuando los sustituían por un pan y volvían a su pueblo de origen. Un cojín redondo en recuerdo de cada pan que regaló a sus “preñadas” y que salvaron tantas vidas del hambre. Nunca algo tan insignificante sirvió para tanto. Y nunca hubo en aquella región otro hombre tan generoso como aquel buen panadero ni mujeres tan valientes.

EPILOGO:

En casa de mis padres siempre ha habido colgada una foto de ella a blanco y negro y en un viejo marco dorado. Todavía la conservamos. Está retratada cuando solo tenía cuarenta años pero parece mucho más mayor. Vestida de negro y con el pelo canoso recogido en un moño. Sonríe a medias con sus estrechos labios y su mirada triste resalta entre las bellas facciones. Cuando la miro recuerdo siempre esta historia.

Mi padre me contaba que mi abuela Mercedes, su madre, iba andando desde Guadix hasta Alcudía (dos pueblos cercanos en el norte de la provincia de Granada) a por pan y que se lo traía dentro del vestido, como simulando que estaba embarazada, para que no se lo quitaran en los controles de guardias que todavía existían en aquella época de posguerra. Fue el embarazo más largo de todos los que tuvo y cada vez que transportaba pan a escondidas corría peligro, pero su picaresca y valentía evitó que murieran de hambre.